

# Belleza Sostenible: Pensar el Diseño del Paisaje desde la Estética del Cuidado.

Sustaining Beauty: Thinking Landscape Design from the Aesthetics of Care.

**Matilde Carrasco Barranco<sup>1</sup>**

Universidad de Granada, España

Recibido 15 septiembre 2025 • Aceptado 1 diciembre 2025

## Resumen

Este artículo aborda la defensa que E.K. Meyer hizo en 2008 del papel que la belleza y la estética pueden jugar en una agenda sostenible, en concreto, a través del diseño arquitectónico del paisaje. Meyer afirmaba la capacidad de la experiencia estética para tomar conciencia de cómo nuestras acciones afectan al medioambiente y actuar en consecuencia. Mi argumento quiere mostrar el sustento teórico que la estética del cuidado, con la que Y. Saito explora la capacidad transformadora de lo estético en la vida cotidiana, presta al planteamiento de Meyer y le permite responder a algunos de sus críticos.

*Palabras clave:* Belleza sostenible; Diseño y arquitectura del paisaje; Elizabeth K. Meyer; Estética del cuidado; Yuriko Saito.

## Abstract

This article addresses the defence that E.K. Meyer made in 2008 of the role that beauty and aesthetics can play in the sustainability agenda, specifically through landscape design. Meyer argued for the capacity of aesthetic experience to make us aware of how our actions affect the environment and to encourage us to act accordingly. My argument aims to show the theoretical support that the aesthetics of care, with which Y. Saito explores the transformative power of the aesthetic in everyday life, provides to Meyer's proposal and how it enables her to respond to some of her critics.

*Key words:* Sustaining beauty; Landscape design and Architecture; Elizabeth K. Meyer; Aesthetics of care; Yuriko Saito.

1. matildecb@ugr.es

## 1 • Introducción

En 2008, la profesora de la Escuela de Arquitectura de la Universidad de Virginia Elizabeth K. Meyer lanzó un *Manifiesto* a favor de incluir la estética en el debate sobre el diseño de paisajes sostenibles. Meyer afirmaba la capacidad de la experiencia estética para tomar conciencia de cómo nuestras acciones afectan al medioambiente y actuar en consecuencia. El argumento de Meyer debía trabajar en dos frentes: de un lado, debía convencer a los arquitectos de que el valor estético importa para una sostenibilidad eficaz, pero, de otro, debía hacerlo ofreciendo una idea de la experiencia estética que avalara esa tesis. Mi objetivo aquí es abordar sobre todo este segundo aspecto, mostrando el robusto soporte teórico que puede prestar a dicha iniciativa la estética del cuidado con la que Y. Saito explora la capacidad de transformación que tiene lo estético en la vida cotidiana.

Así pues, conforme a las tres partes en las que Meyer divide su *Manifiesto* comenzaré por exponer el significado de su propuesta en el contexto en el que la lanza, esto es, ante una concepción meramente formal, estilística u ornamental de lo estético que lo convierte en algo trivial cara al debate sobre la sostenibilidad medioambiental. Y explicaré brevemente el contenido del *Manifiesto*.<sup>1</sup> Posteriormente, presentaré la respuesta que Meyer dio a algunos de los debates abiertos por su texto y expondré cómo la estética de la vida

<sup>1</sup> Los once puntos del *Manifiesto*: “1. Una cultura sostenible a través del paisaje (la arquitectura del paisaje es una práctica cultural, no solo una práctica profesional); 2. Cultivar híbridos: el lenguaje del paisaje; 3. Más allá del rendimiento ecológico; 4. Proceso natural sobre forma natural; 5. Hipernaturaleza: el reconocimiento del arte; 6. La performance de la belleza; 7. Diseño sostenible = construcción de experiencias; 8. La belleza sostenible es particular, no genérica; 9. La belleza sostenible es dinámica, no estática; 10. La belleza duradera es resiliente y regenerativa; 11. La agencia del paisaje: de la experiencia a la praxis sostenible”, aparecen así resumidos en Meyer (2015 31). Sin embargo, conforme a mi propósito aquí, no los trataré por separado. Haré un análisis conjunto centrado en los aspectos estéticos más relevantes: los que tienen que ver con la noción de belleza y de experiencia estética en general a la que Meyer recurre para persuadir de la importancia de tener en cuenta lo estético para apostar por la sostenibilidad medioambiental. Por razones de espacio, tampoco entraré a presentar los ejemplos que la autora propone para cada punto de su *Manifiesto*, disponibles en Meyer (2008).

cotidiana y, más concretamente, del cuidado desarrollan la concepción de la experiencia estética que Meyer necesita para sustentar su propuesta.

## 2 · El Manifiesto a favor de una Belleza Sostenible<sup>2</sup>

En efecto, la posición de Meyer resultaba novedosa frente a la teoría y la práctica profesional contemporáneas del paisajismo que ignoraban las cuestiones estéticas para ceñirse “por lo general” a “tres principios: la salud ecológica, la justicia social y la prosperidad económica” (2008 6). De modo que, describía Meyer, en las discusiones sobre sostenibilidad, “rara vez entra la estética, salvo en observaciones que de manera negativa confunden lo visible con lo estético y consideran a ambos como superfluos” (*Id.*). Por el contrario, su *Manifiesto* abogaba por hacer ver que la experiencia estética es crucial para el diseño del paisaje. En primer lugar, lo es porque no se trata solo de una actividad técnica y científica, sino también crítica, social y cultural, impregnada, por lo tanto, de valores. Y, además, porque como reza el subtítulo del *Manifiesto*, la experiencia estética no es un asunto de mera apariencia, sino que es performativa, es decir, genera impacto y puede lograr una mayor conciencia medioambiental. Concretamente, Meyer afirma que la belleza puede “recentrar la conciencia humana desde una perspectiva egocéntrica hacia una más biocéntrica” (*Id.*). Por estas razones Meyer cree que, para conseguir una cultura de la sostenibilidad, será necesario que la arquitectura de paisaje produzca “algo más que diseños ecológicamente regenerativos” (*Id.*) y ofrezca proyectos que impacten estéticamente provocando en quienes experimenten su belleza una mayor conciencia de cómo sus acciones afectan al medio ambiente, y motivándoles lo suficiente como para generar cambios.

Por tanto, para mostrar la relevancia de la experiencia estética en el diseño del paisaje y concebir nuevos y más eficaces modos de sostenibilidad, de un lado, Meyer tenía que combatir el funcionalismo de los arquitectos

<sup>2</sup> Voy a traducir el título del texto de Meyer, “Sustaining Beauty” como “Belleza Sostenible”. En castellano, podría traducirse de varias maneras: literalmente sería “sostener” o “mantener en pie” la belleza, quizá decir “conservarla” o perpetuarla” también podría ser aceptable, pero creo que “belleza sostenible” supone una expresión más adaptada al contexto de protección ecológica que se busca.

que, o bien consideraran que la aptitud para la función, es decir, el hecho de que los diseños fuesen ecológicamente sostenibles los hace directamente bellos para los usuarios, o bien consideraban inútil el valor estético. Pero para eso necesitaba revisar ciertas ideas sobre lo bello y la experiencia estética en general. A pesar de “su capacidad para conceptualizar, tanto la separación como la reconciliación de la naturaleza y la cultura”, lo bello, al igual las otras categorías estéticas tradicionales, lo pintoresco y lo sublime, “parecían haberse vuelto ‘superficiales’, refiriéndose a la apariencia de la naturaleza más que a su funcionamiento, significado o valor intrínseco” (van Hellemond y Notteboom 45). Al fin y al cabo, la ecología es un asunto de ciencia y la belleza lo es del arte. Sin embargo, también aquí la belleza cayó en desgracia, ocupando un lugar cuando menos marginal igualmente en la teoría y la práctica del arte del siglo XX.<sup>3</sup> Entonces, para superar una concepción limitada de la belleza que identificaba lo estético con lo visual, con el formalismo y con un radical desinterés práctico, Meyer recurre a autores como Dave Hickey (1993), Eileen Scarry (1999), Alexander Nehamas (2007) e incluso Arthur Danto (1999), quienes desde los primeros 90 del pasado estaban protagonizando una aclamada revisión y “retorno” de la idea de lo bello.<sup>4</sup> Estos enfoques permiten a Meyer plantear que lo bello no es solo ni siempre una apariencia agradable sino una experiencia más compleja y profunda, que nos toca de una manera especial, nos activa, nos incita a buscarla replicarla y hace que la vida merezca ser vivida. Como resultado, podemos descubrir belleza en sitios insospechados, abriéndonos al mundo, “concediendo voluntariamente espacio a aquello que se presenta ante nosotros” (Scarry 111-112). Una experiencia transformadora, mediada también por razones, impregnada igualmente de deseo de conocimiento por la que “nos descentralizamos, nos restauramos, nos renovamos y nos reconectamos con el mundo biofísico” (Meyer 2008 17). Otros filósofos, como Maurice

**3** Para un resumen de las causas del declive de la belleza en el arte del siglo XX, véase Beech (2009).

**4** Meyer no habla específicamente de este retorno, pero admite que el hecho que la “belleza no sea una palabra en uso durante mi formación en diseño, o al menos no se usaba en un sentido positivo [...] no es un problema específico de la disciplina; se extiende también a otras artes visuales” (2008 9). Asimismo, las obras que cita son protagonistas del retorno de lo bello, especialmente, en la estética y la teoría del arte más reciente, véase, de nuevo, Beech (2009).

Merleau-Ponty y Arnold Berleant también son tenidos en cuenta por cuanto extienden el campo de la experiencia estética más allá del arte, hacia la vida en general y se interesan por su aspecto multisensorial, corporal, activo y participativo. Las experiencias (estéticas) del entorno nos permiten conectar con el mundo que nos rodea y fomentar su cuidado (*Ibid.* 18). Para Meyer, esas experiencias “no solo derriban las barreras entre sujeto y objeto; nos transforman y, en ocasiones, tienen la capacidad de desafiarnos, de llevarnos a actuar” (*Id.*). En conclusión, “la experiencia háptica y somática de la belleza puede inculcar valores ambientales” (*Id.*).

Al hablar de entornos naturales, además de la naturaleza salvaje, debemos incluir paisajes que han sido diseñados, con el propósito, por ejemplo, de ser sostenibles. Subraya Meyer que la naturaleza no está únicamente “ahí fuera”, sino que se entrelaza con la vida y la “condición humana urbana” (*Ibid.* 16). Meyer se interesa por esos “híbridos” entre lo humano y lo biofísico, que se revelaban más importantes que la propia imitación de la naturaleza en tanto que apariencia de las formas naturales. Para ella, los paisajes de “apariencia natural” no son el único modelo ni tiene por qué ser el más eficaz para promover la sostenibilidad. Defendía por tanto que lo crucial era imitar los procesos de la naturaleza que el diseño, además, ayuda a conocer, respetando la especificidad de cada lugar y el dinamismo propio de la naturaleza. De ahí que afirme que “no solo nos movemos a través del paisaje, el paisaje mismo se mueve, cambia, crece y decae” de manera que “la belleza intrínseca del paisaje reside en su cambio a lo largo del tiempo” (*Ibid.* 19).<sup>5</sup> Junto a este sentido de una belleza dinámica, que va cambiando, la experiencia estética, de la mano del estudio científico, permite apreciar los mecanismos de “resiliencia, adaptación y perturbación”.<sup>6</sup> Es más, según

5 “Estos cambios son múltiples y superpuestos, operando a numerosas escalas y ritmos: el crecimiento vegetal espontáneo y progresivo en montones de escoria, los ritmos de marea del agua que fluye y refluye en un canal rocoso junto a un césped liso, constante y suavemente inclinado, o los cambios estacionales de temperatura y crecimiento de las plantas.” (Meyer 2008 19)

6 “Las inundaciones previstas no son desastres, sino acontecimientos naturales, parte de un régimen regular de perturbaciones. Se plantan especies capaces de soportar las crecidas extremas de la primavera. Sabiendo que los flujos de hielo dañan los troncos de los árboles, especificamos especies que se regeneran con numerosos brotes nuevos.” (*Id.*)

Meyer, la belleza de determinados paisajes descansa precisamente “en el conocimiento de su tenacidad, su resistencia, su capacidad de recuperación” y los proyectos de diseño no deberían, por lo tanto, ser estáticos sino tendrían que responder a los diferentes contextos y necesidades (*Ibid.* 20). La apreciación estética de los mecanismos de adaptación de la naturaleza combate la estandarización de paisajes y entornos y también “evoca esperanza e inspira modelos alternativos para afrontar la incertidumbre” (*Id.*). Se puede disfrutar entonces de una belleza resistente y capaz de regenerarse, una belleza, por ello, duradera. Y aunque la idea de la naturaleza y la belleza paisajística como equilibradas, armoniosas y agradables no desaparece, lo cierto es que se habrían quedado obsoletas estética y ecológicamente.

En definitiva, con su *Manifiesto*, Meyer apuesta por la hibridación, también conceptual entre “lo social y lo ecológico, lo urbano y lo salvaje, la apariencia y la forma, la belleza y la perturbación, la estética y la sostenibilidad” (*Ibid.* 16). Con estos mimbres, propone una actualización de la concepción de la belleza de la naturaleza en la que la “experiencia del paisaje diseñado pueda ser una práctica espacial de observar, deambular y maravillarse, y de cuidar el entorno [...] un modo de aprendizaje e inculcación de valores” (*Ibid.* 20).

### 3 · Más allá del Manifiesto: los afectos y efectos de una estética sostenible

El impacto del *Manifiesto* fue notorio en el debate sobre la sostenibilidad en arquitectura y paisajismo que no había dejado de crecer desde el inicio de la conciencia de la crisis ecológica en los años 60. Los simposios y publicaciones que discuten el planteamiento de Meyer han continuado desde entonces. Con la publicación en 2015 de “Beyond ‘Sustaining Beauty’: Musings on a Manifiesto”, ella misma trató de responder a algunas objeciones que había recibido y quiso profundizar en su propuesta de entrelazar el diseño de paisajes y entornos con una estética que subraya como “social”.

Meyer reconocía, entre otras cosas, que hablar solo de belleza habría resultado empobrecedor por cuanto la experiencia estética es más amplia y que lo acertado habría sido apostar por una “estética sostenible” (2015 34).

Ahora bien, insistía en que lo relevante seguiría siendo entender lo estético no como mera apariencia formal de las cosas sino como una forma de estar y conocer el mundo propiamente humana que es performativa, esto es, activa y transformadora. Volviendo a los orígenes etimológicos de la estética como teoría de la sensación y en línea de nuevo con el planteamiento reciente de Berleant, y también con Dewey, Meyer sigue reivindicando la experiencia estética como experiencia que vincula la sensibilidad del cuerpo con el mundo; una forma activa de conocimiento con una gran fuerza afectiva que, teniendo su propio valor intrínseco, nos conmueve y moviliza a actuar. Esta dinámica de afectos y efectos, a nivel individual y social, constituye un elemento fundamental de la vida humana (*Ibid.* 35). Y, aunque sin mencionar las aportaciones teóricas que han configurado la reciente estética de la vida cotidiana, Meyer afirma el deber de situar ahí el diseño de paisaje (*Ibid.* 36) porque “necesitamos explorar cómo diseñarla práctica del día a día dentro del paisaje diseñado, una experiencia prolongada en el tiempo puede contribuir a una nueva estética social, un nuevo *ethos* de la percepción y la vida sostenible” (*Ibid.* 37).

Insiste pues en la performatividad de lo estético porque la apariencia de un paisaje diseñado puede influir de tal manera que despierte en quien lo experimenta atención, empatía, amor, respeto, cuidado, preocupación y acción. En esta dirección, Meyer recurre recientes teorías que han puesto de manifiesto la importancia de los afectos pues son ellos, al vincular la mente con el cuerpo, los que nos tocan y conmueven; surgen en nuestras interacciones personales, pero también vinculan a los actores humanos con los no humanos, a los sujetos con los objetos.<sup>7</sup> Plantea así la posibilidad de generar empatía de los humanos hacia los ecosistemas, redirigiendo la implicación afectiva de la experiencia estética a un ámbito diferente de la recreación y contemplación de la belleza natural (*Id.*). De este modo, define

<sup>7</sup> Meyer cita Clough y Halley (2007) y Gregg y Seigworth (2010) como referencias para situar el discurso de la sostenibilidad ambiental en el “giro afectivo” que, desde la década de los 90, se produjo en la filosofía y la teoría social. En estos ámbitos se articularon enfoques que señalaban la importancia de los afectos y las emociones en la configuración de la experiencia contemporánea. En líneas generales, el giro afectivo “supone el desafío de introducir al cuerpo en la ecuación de la experiencia como una esfera que [...] obliga a prestar atención a la percepción como otro modo de cognición y significación” (Depetris y Taccett 10).

la arquitectura de paisaje como “la disciplina que designa los espacios donde estas condiciones y relaciones se perciben, estudian y celebran por teóricos de la antropología, la filosofía, la sociología y las ciencias” (*Ibid.* 48).

En resumen, Meyer sumó al *Manifiesto* original argumentos destinados a reconocerla diversidad de experiencias estéticas y explicar sus efectos mediante el recurso a los afectos. Estos explicarían el impacto de lo estético, y la belleza,<sup>8</sup> en nuestra interacción con la naturaleza, reconfigurando la estética como una cuestión social en la construcción de un *ethos* que no solo modifique “el reparto de lo sensible”,<sup>9</sup> sino que nutra estructuras de sentimientos colectivos, que sostengan de forma responsable y duradera formas de vida que respeten y cuiden la naturaleza. Con todo, este refinamiento de la propuesta inicial no ha acallado el escepticismo de quienes aún cuestionan que el estar estéticamente “conectado”<sup>10</sup> con el entorno sea suficiente para hacer que este sea ecológico y sostenible. Y se sigue desconfiando de la confusión entre ética y estética que la propuesta de Meyer llevaría consigo, así como del empleo que hace de la teoría de los afectos.<sup>11</sup> Respecto a este punto, esencial para defender la efectividad de lo estético en el diseño de paisajes sostenibles, Greet De Block y Vera Vicenzotti objetan que la forma en la que Meyer interpreta la teoría de los afectos resulta no solo contraproducente para los objetivos de su propuesta sino peligrosa desde un punto de vista político.

Los autores argumentan que, para superar la dicotomía entre cultura y naturaleza que alimentaría una perspectiva excesivamente antropocéntrica responsable de una conducta insostenible con la naturaleza, Meyer aboga por una “transición fluida de lo humano a lo no-humano”, del sujeto al objeto (De Block y Vicenzotti 61). Es decir, en nuestra relación afectiva con la naturaleza, se trazaría una continuidad entre ambas esferas que la autora espera sea capaz de recentrar la humana hacia una perspectiva más biocéntrica, de hacer que nos demos cuenta de lo interconectados que estamos los seres

**8** Entendida en un sentido más amplio y profundo, a pesar de todo, sigue siendo protagonista del enfoque.

**9** En el sentido de Rancière (2009).

**10** Conforme al “*aesthetic engagement*”, noción desarrollada por Berleant para señalar ese estar en el mundo estético y enfatizar el carácter relacional y participativo de la experiencia estética. Véase Berleant (2013).

**11** En torno a estos dos puntos gira buena parte de los textos que conforman el monográfico de van Hellemond y Notteboom (2018).

humanos con los no humanos. Según lo ve ella, el afecto nos hace conscientes de ello a un nivel profundo, de un modo estético, combinando sentimientos y conocimiento. Es por eso por lo que la experiencia estética nos conmovería y nos llevaría a actuar, a cambiar algo. De nuevo, la experiencia estética no sería contemplativa y desinteresada. Más que separarnos o distanciarnos del mundo, nos (compro)mete (con) en él. El problema para De Block y Vicenzotti es que, el recurso a las teorías del afecto hace que Meyer se acerca a discursos que, en la arquitectura paisajística, priorizan los sistemas socioecológicos de coevolución entre actores humanos y no humanos y que han sido criticados por no diferenciar suficientemente lo racional y lo sensible. Citando a Antoine Picon (“What Has Happened to Territory?”), afirman que “el riesgo sería entonces regresar a un mundo mágico animado por fuerzas que escapan a la caracterización humana, un mundo mágico, pero también mítico en el que los relatos reemplazan a los argumentos” (citado por De Block y Vicenzotti 63).

Para De Block y Vicenzotti, el resultado de este “coqueteo” con lo no-humano, como lo denominan, es paradójicamente la despolitización de la experiencia del paisaje y de su diseño. Los discursos que tienden a eliminar la distancia entre lo racional y lo sentimental, entre el sujeto y el objeto, cierran asimismo la distancia crítica requerida entre para convertirse en un proyecto político o, en este caso, el de un proyecto paisajístico orientado hacia la transformación social. De Block y Vicenzotti concluyen:

**La idea de sistemas socioecológicos entrelazados regidos por las leyes de la autorregulación y la coadaptación, con el cuidado, la protección y el respeto como *ethos* colectivo, reemplaza los intereses en conflicto y la lucha política con procesos orientados hacia el consenso y la participación. (Id.)**

En definitiva, De Block y Vicenzotti dicen no tener nada en contra ni de la teoría de los afectos ni de la empatía en sí mismas, pero la aplicación que haría Meyer de estos planteamientos al ámbito de la sostenibilidad ambiental lleva a atacar la distinción entre sujeto y objeto y, con ello, a no dejar espacio para el punto de vista crítico, humano, dejando así de lado lo político y la contestación que reside en la experiencia del paisaje corriendo “el riesgo de excluir una discusión explícita sobre las intenciones e ideas respecto al cambio social y las elecciones en el diseño”(Id.). Por tanto, el colapso de la distinción entre ética y estética, que otros también señalan en

el planteamiento de Meyer, cae aquí, para De Block y Vicenzotti, del lado de la última al provocar una “estetización” que fundamentalmente despolitiza la experiencia del paisaje, así como su diseño e incluso puede desembocar en “eco-fascismo” (*Id.*).

En contraposición, para ellos, la crítica ecológica debe politizar la estética. De ahí que, simpatizando con la idea básica de Meyer devolver a poner las cuestiones estéticas en la agenda del paisajismo, De Block y Vicenzotti proponen explorar enfoques estéticos alternativos basados en la distancia y la incommensurabilidad entre el objeto y el sujeto, entre lo humano y lo no humano. De esta manera, apuntan a las posibilidades que unas actualizadas ideas de lo sublime y del desinterés pudiesen aportar. Y así, en cuanto al desinterés, no es interpretado como indiferencia respecto al mundo sino, remitiéndose a Kant, como libertad de cualquier determinación material, sensorial, moral y conceptual. De Block y Vicenzotti se apoyan en los análisis de Emily Brady (en *Aesthetics of the Natural Environment*) que lo enfatizan “como base de la apreciación estética, define un punto de vista que antecede las preocupaciones del interés propio y la utilidad en relación con la naturaleza y, a su vez, fundamenta sus cualidades estéticas como valiosas en sí mismas” (citada por De Block y Vicenzotti 65, not. 39).

Señalan, además, las implicaciones políticas de la libertad de la imaginación de cualquier determinación conceptual propia de lo sublime, pero recurren al sublime de Lyotard para quien lo posmoderno “propone lo irrepresentable en la propia presentación” y “se niega a sí mismo el consuelo de las buenas formas, vel consenso del buen gusto que permitiría compartir colectivamente la nostalgia por lo inalcanzable.” (citado por *Ibid.* 69 not. 62).

Igualmente, para pensar de manera crítica y ética sobre nuestra relación con lo no humano, se apoyan en la apuesta de Timothy Morton (en *Ecology without Nature: Rethinking Environmental Aesthetics*) por una “ecología oscura” como la versión politizada de lo sublime refiriéndose a una ética que rechaza la forma ideal, creando así una atmósfera de tensión y anticipación”, (citado por *Ibid.* 68) y como alternativa a la (moderna) nostalgia o la (afectiva) evocación del cuidado.

Aunque ellos propiamente no la desarrollan, De Block y Vicenzotti plantean pues esta posibilidad teórica alternativa apelando al trabajo de reconocidos filósofos. Como técnicos también, dejan claro que no abogan

“por un regreso al diseño paisajístico postindustrial y al *Land Art* de los años 70 y 80”, ni creen “que todo diseño de paisaje deba generar sentimientos sublimes” (*Ibid.*). Pero, concluyen,

**en el caso del diseño de paisaje que aspire a movernos a la acción, ¿no deberíamos entonces, en lugar de recurrir a las teorías del afecto, volver a la pregunta que Elizabeth Meyer planteó hace veinte años? ¿Puede una obra de arquitectura paisajística, operando en el límite entre la creación y la destrucción, la regeneración y la decadencia, ofrecer una mitología disciplinaria más compleja que la redención y la promesa de sanación para sí misma? ¿Puede este sublime engendrar una ética de la tierra diferente? (*Id.*)**

No voy a responder a la última cuestión, que no descarto tampoco como posibilidad teórica y práctica para el diseño de paisaje, aunque no pueda explorarla aquí.<sup>12</sup> Pero quiero rebatir los argumentos expuestos y defender que la perspectiva de Meyer sigue siendo una alternativa válida, aunque no sea exclusiva, pero, es más, incluso diría que es una vía que resulta urgente ante el contexto de crisis climática que vivimos.

## 4 · Estética, ética y política en las relaciones de cuidado

La estética del cuidado encuentra en Yuriko Saito probablemente la versión más desarrollada hoy en día de las que están apareciendo en esta reciente línea de investigación. Fraguada en algunos de sus anteriores textos, la idea madura plenamente en su último libro, *The aesthetics of care: Practice in everyday life* (2022). La tesis básica es que las relaciones de cuidado constituyen una práctica no solo ética sino también estética. Como algo que se practica, el cuidado se *encarna* en los comportamientos y el diseño de objetos y entornos

<sup>12</sup> Los autores ilustran su propuesta con el ejemplo Bloedel Reserve de Richard Haag que la propia Meyer comenta en un texto sobre lo sublime.

que lo expresan y favorecen o, al contrario, que lo mitigan y oprimen. De modo que, no solo se defiende que el cuidado es una práctica a la vez ética y estética porque la expresión y comunicación del cuidado le es constitutiva, sino que, además, que puede *por ello* nutrir esas relaciones e incluso orientarlas de una manera correcta. Enfatizo esta idea porque pienso que permite ver la relevancia del carácter estético del cuidado respecto al de otras prácticas o actividades humanas que, porque lo son, se puedan igualmente encarnar y expresar en nuestros comportamientos.<sup>13</sup> Desde la filosofía moral, Josep Corbí liga el carácter estético del cuidado al tipo de práctica que es y de la deliberación moral que supone. Corbí explica que la práctica de cuidar no es una actividad propiamente instrumental, es decir, una actividad cuyo fin “puede ser individuado independientemente de los medios por los cuales puede lograrse”, sino más bien una actividad “inspirada por un *telos* que impone ciertas exigencias a los sujetos que participan en ella” (146, 142). De manera que “la identificación de este *telos* requerirá un tipo de deliberación que [...] busque discernir qué respuesta le es constitutiva en determinadas circunstancias concretas” (142). Pues, dice también que el *telos* no puede individualizarse al margen de nuestra capacidad para reconocer cómo ciertos gestos, palabras o matices del comportamiento lo potencian o lo disminuyen (146). Es más, para Corbí, la calidad del cuidado depende de nuestras habilidades de percepción y de reconocimiento de lo que resulta adecuado en cada situación. Entonces, la *performance* (estética) del cuidado le es constitutiva en la medida que requiere un “esfuerzo continuo” (145) por discernir qué puede exigir el *telos* a cada participante en una circunstancia determinada; esfuerzo que se deberá manifestar estéticamente y solo así podrá ser reconocido como tal. Otros teóricos también han insistido en que “la práctica del cuidado pone en juego la competencia del cuidador para responder a una necesidad”, mediante el recurso a habilidades cognitivas que tienen en nuestros cuerpos su “base epistemológica e imaginativa” (Hamington 2020 28, 25). Es decir, que cuidar implica “un cierto oficio” que se puede y debe entrenar a través de la estética del cuidado (Thompson 20221). Así pues, el cuidar debe entenderse como una práctica no solo por carácter activo sino por ser una cuestión de hábito, de modo que “aunque el cuidado pueda manifes-

**13** Agradezco a la revisión de la revista que me señalara la necesidad de aclarar este punto.

tarse de forma efímera, es más probable que la estética del cuidado se realice en encuentros más duraderos y elaborados entre las personas” (Thompson, 2020 44).

Cuidar es por tanto un compromiso ético que se encarna estéticamente y necesita de entrenamiento igualmente estético. En el caso de Saito, la idea es fruto de la evolución de su pensamiento sobre la estética de lo cotidiano de la que ella es una de las pioneras y mayores exponentes. Y es que el interés de la teoría estética por la vida cotidiana es ya de por sí una corriente de pensamiento bastante joven. En nuestra vida diaria se satisfacen nuestras necesidades más urgentes e íntimas a través de actividades como el comer y el cocinar, el vestirse, la limpieza personal y del hogar, el dormir y descansar, el cuidar de las personas y cosas que nos rodean, etc. Sin embargo, eso no se ha traducido históricamente en interés filosófico. Al contrario, la cotidianidad ha sido considerada como lo opuesto a la reflexión seria, es decir, a “una actitud crítica frente al mundo” (Giombini y Kvokačka 10). El espacio de lo cotidiano se identificaría en muchos casos con lo doméstico, lo privado; es el espacio reservado a las mujeres, los niños, o los esclavos, frente a los espacios públicos de las cosas de verdad importantes y del poder, los de la filosofía y la política.<sup>14</sup> Por su parte, el pensamiento estético, al menos en la tradición occidental ha tenido al arte como protagonista. La estética de la vida cotidiana intenta reparar el olvido, cuando no la ignorancia, del carácter estético de esas actividades y objetos de la vida ordinaria. Puede ser entonces que, en comparación con el gran arte, las satisfacciones estéticas que ofrece la vida diaria parezcan modestas pero la omnipresencia de estos goces, o sus contrarios, en nuestra vida los hace tanto o más importantes. De ahí que la estética de lo cotidiano siempre se haya interesado por la conexión de nuestras experiencias estéticas ordinarias con ciertos aspectos éticos referidos al bienestar personal o a la vida buena. De esta investigación se desprende, además, la potencial relevancia de lo estético para influir en la construcción y modificación de lo real. Saito plantea así el “poder” de lo estético y dice: “nuestras aparentemente inocuas y triviales consideraciones

**14** De manera similar, los cuidados han estado largo tiempo invisibilizados en el seno de los hogares como principales responsables de estos, y casi siempre a cargo de sus mujeres, y de la labor de instituciones benéficas hasta que más recientemente han recaído en administraciones y organismos públicos. Véase Camps (2021 9).

estéticas cotidianas tienen serias consecuencias que determinan la calidad de nuestras vidas y el estado del mundo, para bien o para mal”. La tesis, planteada en “La estética de lo cotidiano: creando mundo” (2020), resalta que el poder de lo estético no se agota en las conclusiones que podemos extraer de un juicio, en el sentido clásico de evaluar estéticamente un objeto por su belleza u otras cualidades, también negativas, como pudiera ser un entorno natural dañado, sino que se manifiesta en el conjunto de nuestro comportamiento y en las decisiones que nos acompañan día a día. Creo que Meyer hablaría aquí de la performatividad y capacidad de transformación de lo estético ligada a una experiencia estética que, como su *Manifiesto* argumentaba, no resulta de la contemplación pasiva y desinteresada de un objeto sino del goce (o su contrario) inmersivo, somático y multisensorial, en la realización de ciertas actividades en las que interactuamos con los objetos de manera activa y participativa.

La afinidad entre el planteamiento de Meyer y el de la estética de la vida cotidiana no sorprende si se considera que el pensamiento de la fenomenología, el pragmatismo de Dewey y, más recientemente, de Berleant inspiran la concepción que en ambos casos se tiene de la experiencia estética. Sobre Berleant, especialmente, hay que notar el carácter social del que dota al comportamiento estético (Berleant 2017). Saito defiende el valor estético de la vida cotidiana como una herramienta para hacer que la gente sea más consciente de su pertenencia a una comunidad y a una sociedad (Saito 2017). Otra relevante autora de la estética de lo cotidiano, Elisabetta Di Stefano (2017 9) afirma que la estética, cuando no se separa de la moralidad y el compromiso, puede tener un papel importante a la hora de modelar la realidad que nos rodea, para conducirnos a un mundo más humano, a una sociedad más justa y a un futuro más sostenible. En el mismo espíritu de educación estética, decía antes, Meyer insistía en la necesidad de explorar cómo el diseño del paisaje podía modelar el comportamiento en la práctica del día a día, dado el carácter procesual y prolongado en el tiempo de la experiencia estética, contribuyendo a una nueva estética social, un nuevo *ethos* de la percepción y la vida sostenible.

También se ha visto que la idea misma del cuidado de la naturaleza es primordial en el *Manifiesto* de Meyer a favor de la necesidad de incluir los efectos de la belleza para la sostenibilidad ambiental, apuntando a la capa-

cidad de la experiencia estética para concienciarnos y movernos a la acción, particularmente, por su dimensión afectiva. Que la estética del cuidado se contemple como parte de la estética de la vida cotidiana es lógico, dado que es allí donde esas prácticas y relaciones se desarrollan. Pero, en Saito, la idea de cuidado ha terminado por concentrar su importante contribución a la estética de lo cotidiano, prestándole una clara impronta ética y social al haber ido poniendo el foco en el poder de lo estético para mejorar el mundo. Su enfoque de la experiencia estética, particularmente, la enraizada en nuestro día a día, acaba convergiendo con la idea de cuidado porque Saito afirma que el cuidado no solo liga lo ético a lo estético, sino que muestra una relación esencial entre las dos cosas dado que implican las mismas actitudes fundamentales. Existe una “relación recíproca” entre la ética del cuidado y la estética puesto que las dos enfatizan “la importancia de experimentar al otro, sea persona u objeto, en sus propios términos a través del salirse de uno y descentrarse al tiempo que activamos nuestra imaginación” (Saito 2022 29 113).<sup>15</sup> Apelando, como Meyer, a las reflexiones de Elaine Scarry sobre la belleza, a la que relaciona con el amor, la bondad y la justicia, Saito atribuye asimismo a la experiencia estética la capacidad de descentrar nuestra perspectiva; se trata de salir del ego para interesarse por lo que lo otro puede ofrecer, comprenderlo y atenderlo en sus propios términos (*Ibid.* 37). El descentramiento, dice Saito, es la transformación que se hace del requisito del desinterés estético para la estética del cuidado y, acude, además a la idea de Brady de lo que supone “imaginar bien” cuando apreciamos estéticamente la naturaleza como una manera de reducir la proyección de expectativas propias abrir la mente y potenciar la receptividad de lo otro y diferente a mi (*Ibid.* 35-36).

**15** La reciprocidad que señala sitúa al planteamiento de Saito en una versión bastante exigente de la estética del cuidado. Pues de explorar “las dimensiones conceptuales del cuidado” en “varias actividades y prácticas específicas” (2022 1, énfasis mío) lleva el tema de su libro a señalar cómo “el compromiso del cuidado que subyace a las experiencias y prácticas artísticas en general pasa a menudo desapercibido” (2, énfasis mío). El debate es importante (véase la crítica de Puolakka (2023) y la propuesta de Thomson (2022 38-43) de un enfoque más limitado de la estética del cuidado). Pero, aparte de no contar con espacio aquí para afrontarlo, creo que no afecta en lo fundamental al papel de la experiencia estética respecto la protección de la naturaleza por cuanto, en este caso y como trato de argumentar, le subyace el compromiso ético que caracteriza las relaciones de cuidado.

Otros planteamientos como el budismo zen apoyan la misma idea, si bien la estética japonesa, que Saito bien conoce, nunca separó la estética del carácter práctico de la vida cotidiana. De manera que, como también se reprocha al enfoque de Meyer, pueda sorprender la conexión que la estética cotidiana y del cuidado realizan entre lo ético y lo estético una vez que el pensamiento moderno se encargara de separar ambas esferas.<sup>16</sup> Pero no siempre han sido así las cosas ni fuera ni dentro de nuestra tradición.<sup>17</sup> En cualquier caso, Saito se erige en defensora del carácter ético-estético de los juicios por los cuales valoramos a las personas, las actividades y los objetos en nuestra vida diaria. De hecho, como se ha apuntado, el carácter estético de nuestras actividades diarias es, para Saito, particularmente adecuado para desarrollar lo que llama “virtudes morales”. De nuevo, se refiere al cuidado, la consideración, el respeto y atención a los demás y al mundo material, que tienen un reflejo en nuestro comportamiento. Igualmente, de nuevo en línea con el planteamiento de Meyer, Saito presta especial atención a la estética del cuerpo. Los gestos, el tono de voz, o las expresiones del rostro exhiben aspectos que estéticamente reflejan la disposición moral de las acciones. Nuestros cuerpos *encarnan* virtudes morales de cariño y respeto y también defectos, o vicios, como la arrogancia, la indiferencia, un carácter rudo y violento. Sería un error pensar, además, que el cultivo de la sensibilidad y la gentileza hacia los demás a través de su manifestación estética en nuestra actividad diaria es un asunto superficial de mera etiqueta o de promoción de las buenas maneras según normas sociales de comportamiento que, por otra parte, pueden manifestar ciertos prejuicios clasistas y discriminatorios de ciertos colectivos y minorías. Es por eso por lo que Saito se decanta por

**16** La referencia fundamental es Kant (1981 [1790]): §§2-5.

**17** La cual se remonta a los clásicos como Platón, quien vincula con frecuencia la belleza de los objetos a la funcionalidad de éstos para lograr ciertos fines y a la conveniencia de esos fines. De hecho, el ideal griego de la perfección lo representaría la *kalokagathía*, que nace de la unión de *kalón*, que se suele traducir por “bello” con *agathós*, término traducido asimismo normalmente como “bueno”, lo cual muestra la belleza como un bien y relaciona la belleza física con la moral. Véase Eco (2009). De esta manera, la belleza se asocia igualmente a otras cualidades como lo justo, lo conveniente y proporcionado, o lo armónico. Y la tradición continúa hasta el siglo XVIII donde, por ejemplo, David Hume defendía que apreciamos la belleza de aquellos objetos que parecen aptos para servir a un propósito útil o humanamente valioso.

la idea de cuidado, que atiende especialmente al vulnerable, como la que mejor ejemplifica el carácter ético-estético de las acciones e interacciones intersubjetivas cuyo fomento puede ayudar a hacer una sociedad más justa. En este caso concreto, la vulnerabilidad de la naturaleza compromete éticamente nuestro comportamiento y demanda cuidado, con su ineludible vertiente estética.

En este sentido, destaca también la manera como Saito defiende nuestra relación moral con los objetos a través del cuidado. No los animiza en un mundo mágico o mítico, según el temor expresado por Picon, pero advierte que los objetos tienen agencia moral y a menudo moldean las acciones humanas para bien, o para mal, sin diluir la responsabilidad ética del ser humano. En esta idea de la agencia de los objetos viene insistiéndose desde la filosofía de la técnica (Parente 2024) y del diseño de objetos.<sup>18</sup> Para Saito, decimos que los objetos son bondadosos, como una almohada cómoda, o malvados, como un arma de fuego, en función de nuestros intereses y valoraciones morales. No es nada raro, por tanto, atribuir cualidades morales a los objetos y no solo a las personas, pero lo cierto es que también nos gustan estéticamente hablando, las formas o los diseños de esos objetos precisamente porque se presentan como útiles y bondadosos para nosotros y para los demás. Y Saito advierte en esta sensibilidad estética un indicio de la capacidad moral de los individuos especialmente, cuando se trata de artefactos que no nos benefician directamente a nosotros sino a otros, sobre todo si se trata de individuos o colectivos particularmente vulnerables o necesitados. Esta dimensión normativa permite asimismo ejercer la crítica sobre elementos de diseño y arquitectura hostiles, o sobre las cosas que de facto suponen exclusión y opresión de personas y colectivos (Liao y Huebner 2021). El que seamos capaces de encontrarlos bellos o estéticamente valiosos supone un ejercicio de empatía que da muestra de nuestra sensibilidad moral y de compromiso con el bien común más allá del beneficio propio. Ella sostiene que el cuidado que prestamos a los objetos que usamos en nuestra vida diaria es una forma de reconocimiento, una manera de “agradecerles” todo el beneficio que nos

**18** La teoría de las affordances, desarrollada principalmente por el psicólogo James J. Gibson (1979), sugiere que no solo percibimos los objetos en términos de sus formas físicas y relaciones espaciales, sino también en función de lo que podemos hacer con ellos, es decir, una percepción orientada a la acción.

acarrean a través del mantenimiento y la reparación de los daños que sufran. Con las personas como con los objetos, la relación de cuidado requiere de una “clase de reciprocidad que es uno de los ingredientes más importantes de una vida buena y una sociedad civilizada y donde la estética es un vehículo crucial para facilitar su cultivo” (Saito 2020 46).

Es verdad que Saito no se ocupa en su libro especialmente de la naturaleza, aunque incluye alguna reflexión al respecto. Y, por ejemplo, cita a la arquitecta Joan Nassauer, quien destaca cómo el aspecto cuidado de un paisaje tiene el potente efecto estético de inspirar respeto y cuidado mientras que el aspecto dañado dificulta generar ese efecto en el observador. Con todo, la descripción que Saito realiza de la atención estética a los objetos que necesitan ser reparados o restaurados podría hacer justicia a apreciación de la belleza resiliente, e incluso, perturbada que Meyer asimismo reclamaba para el diseño de ciertos paisajes. Además, como Meyer, Saito señala la sensibilidad de la experiencia estética “a la particularidad del paisaje construido con sus condiciones locales específicas y su contexto cultural” (2022 116-117). En todo caso, el conocimiento y la particularidad del contexto informan una experiencia que no se queda en lo formal, y que se prolonga en el tiempo posibilitando cambios en la apreciación, extensible, además, a un nivel colectivo sobre todo si el ámbito donde se desarrolla la experiencia (a través de actividades diarias o proyectos artísticos) posibilita colaboración y la participación de la comunidad (*Ibid.* 118-119). Y esto vale también, pienso, para el paisajismo.

La estética del cuidado se presenta pues ante todo como una estética social, tal como requería la propuesta de Meyer. Meyer no menciona la estética de lo cotidiano ni lógicamente, la reciente propuesta del Saito de una estética del cuidado. Aquí, además, el foco primario se sitúa en las relaciones interpersonales, pero se eleva por encima de la tradicional oposición sujeto-objeto, dando entrada a una relación ético-estética con el mundo material que, como estoy argumentando, puede incluir la naturaleza. Lo más importante, a mi juicio, es que el rasgo más representativo del cuidado es la *relacionalidad*, marcando el carácter de interdependencia que tenemos entre nosotros y con el mundo, emborronando la distinción entre lo privado y público, o entre lo humano y lo natural, pero sin que el cuestionamiento del antropocentrismo conduzca a una estetización que retraiga de la acción política.

Finalmente, no es arriesgado hacer un paralelismo entre el activismo político del arte del siglo XX y la función crítica que algunos objetores de Meyer reclamaban a cargo de una “ecología oscura”. Pues en ambos casos prima la apelación a una estética negativa, donde lo perturbador, la tensión y el conflicto se vean como las vías legítimas para protestar y luchar contra la injusticia social y política, o el deterioro ecológico, y se desconfía de la experiencia estética, en concreto, de la belleza. Pero los tiempos han cambiado y precisamente el “giro afectivo” en la cultura reivindica el papel de emociones antes consideradas “blandas”, o incluso “femeninas”, como el amor, el cuidado y la empatía no solo para la eco-crítica, como estamos viendo, sino para el activismo artístico (Bedell 2024) y político en general (Hayes y Kaba 2023). Ante la necesidad de afrontar retos comunes, como el cambio climático, que plantean nuestra interdependencia, y reclaman respuestas colectivas y solidarias, urge dismantelar la promoción del individualismo y la política del aislamiento que frena la agenda social y aumenta la vulnerabilidad de los más desfavorecidos, o de lo que no tiene voz propia, como la naturaleza; en este escenario, cuidar de los demás se convierte en “una forma de rebelión cultural” (Hayes y Kaba 42).

## 5 • Conclusiones: el cuidado de la naturaleza a través del diseño del paisaje

Puede que con la naturaleza no se dé la relación de reciprocidad que sí permiten los artefactos creados intencionalmente ni sea tan fácil atribuirle agencia moral, pero no podemos eludir la responsabilidad de cuidar de los seres naturales, animados e inanimados. En todo caso, el diseño y nuestra experiencia de paisaje no escapan al planteamiento de esta estética social del cuidado. Pese a lo controvertido de plantear relaciones morales con la naturaleza, Saito insiste en que nuestra conducta no debiera depender tanto del estatus moral del otro pues, pudiendo incluso carecer de él, lo determinante es el tipo de persona que queremos ser y cómo queremos comportarnos con los demás y con el mundo (2022 133).

La estética del cuidado promueve pues una actitud proactiva que pretende cultivar nuestra sensibilidad para orientarla correctamente y no

esconde nuestra interdependencia y radical vulnerabilidad. “El cuidado del mundo material debería pues estar dirigido hacia el porvenir” (*Ibid.* 143). Se incluye así también el cuidado de las generaciones futuras. La ética del cuidado tiene que cultivarse a través de la práctica, no hay otra manera, y requiere sensibilidad y expresión estética. Tampoco hay garantías de éxito. Saito concluye su libro citando a Aldo Leopold: “En estas aspiraciones más altas, lo relevante no es conseguir, sino intentarlo” (*Ibid.*167). Asimismo, Meyer terminaba las *Reflexiones* sobre su *Manifiesto* diciendo: “Ahora concibo la estética como un entramado que implica lo social y acoge el impulso hacia el movimiento como una promesa, pero no necesariamente como un resultado”. Quería expresar un “optimismo contenido valioso para quienes diseñan” ya que

**a través de nuestras palabras, imágenes y obras construidas, ponemos el mundo en movimiento. Trazamos propensiones sin controlar los resultados. Diseñamos experimentos socio-ecológicos de vida sin promesas. Algo. Tal vez. Podría ser. (2015 48)**

La pregunta que Meyer planteó hace casi veinte años, sobre si a través del diseño del paisaje se podría favorecer la sostenibilidad medioambiental alterando conductas, sigue vigente. Y puede continuar siendo respondida con esperanza, no en la auto-redención y sanación de una naturaleza indistinta de lo humano, sino en la promoción de modos de vida que nos permitan tomar conciencia para respetar y cuidar la naturaleza. Estos modos de vida, como planteó el *Manifiesto*, imbricarían lo ético y lo estético a nivel individual y colectivo; la experiencia estética, y en especial la belleza, cargada de conocimiento y afectividad, puede tener un papel relevante. He argumentado que esta opción puede mejorar su fundamentación teórica con los planteamientos de la reciente estética del cuidado. Pensada desde aquí, la propuesta de Meyer se sitúa también en mejores condiciones de ser discutida y de poder defenderse ante algunas de las objeciones que ha recibido.<sup>19</sup>

<sup>19</sup> Mi trabajo recibe el apoyo del Proyecto de Investigación PID2023-149237NB-I00, financiado por MICIU/AEI /10.13039/501100011033/ y por FEDER, UE.

## 6 • Referencias

- Bedell, Rebecca. "Love Rising: The Transformation of Emotions in Contemporary Art", *Arts* 13/41(2009): 1-15.
- Beech, David (ed.). *Beauty*, Cambridge: MIT Press, 2009.
- Berleant, Arnold. "What is Aesthetic Engagement?", *Contemporary Aesthetics*, 11(2013).
- Berleant, Arnold. "Objects into Persons: The Way to Social Aesthetics", *ESPES. The Slovak Journal of Aesthetics* 6/2 (2017): 9-18.
- Camps, Victoria. *Tiempo de cuidados*, Barcelona: Arpa y Alfil Editores, 2021.
- Clough, Patricia Ticineto y Jean Halley. *The Affective Turn: Theorising the Social*. Durham, NC: Duke University Press, 2007.
- Corbí, Josep. "Care as a Dialectical Activity". *The New Centennial Review* 23/3(2023):141-170.
- Danto, Arthur C. "Beauty from Ashes". *Regarding Beauty: a view of the late twentieth century*, eds. Neil Benezra y Olga M. Viso. Washington, D.C.: Hirshhorn Museum, 1999. 183-197.
- De Block, Greet y Vicenzotti, Vera. "The effects of affect. A plea for distance between the human and non-human". *Journal of Landscape Architecture* 2 (2018): 60-69.
- Depetris Chauvin, Irene y Taccett, Natalia. *Afectos, historia y cultura visual: una aproximación indiscriminada*. Buenos Aires: Prometeo, 2019.
- Di Stefano, Elisabetta. *Che cos'. l'estetica quotidiana*. Roma: Carocci editore. Bussole Filosofia, 2017.
- Eco, Umberto. *Historia de la Belleza*, tras. María Pons. Barcelona: Lumen, 2009.
- Gibson, James J. "The Theory of Affordances". *The Ecological Approach to Visual Perception*. Boulder, Colorado: Taylor & Francis, 1979.
- Giombini, Lisa y Kvokačka, Adrián (eds.). *Everydayness. Contemporary Aesthetic Approaches*. University of Prešov, Faculty of Arts, Prešov, 2021.
- Hayes, Kelly y Kaba, Mariame. *Let this radicalize you: organizing and the revolution of reciprocal care*. Haymarket Books, 2023.
- Hickey, Dave. *The invisible Dragon: Four Essays on Beauty*, Los Angeles: Art Issues Press, 1993.

- Hamington, Maurice. "Care aesthetics and improvisation: can performance care?": *Performing Care. New Perspectives on Socially Engaged Performance*, eds. Amanda Stuart Fisher y James Thompson, Manchester: Manchester University Press, 2020. 21-35.
- Gregg, Melissa, y Seigworth Gregory J. (eds.). *The Affect Theory Reader*. Durham, NC, Duke University Press. 2010.
- Kant, I. *Crítica del Juicio*, Madrid, Alianza, 1981 [1790].
- Liao, Shen-yi & Huebner, Bryce. "Oppressive Things". *Philosophy and Phenomenological Research*, 103 (2021): 92-113.
- Meyer, Elizabeth K. "Sustaining Beauty: The Performance of Appearance: A Manifesto in Three Parts", *Journal of Landscape Architecture* 3/1 (2008): 6-23.
- Meyer, Elizabeth K. "Beyond 'Sustaining Beauty': Musings on a Manifesto": *Values in Landscape Architecture and Environmental Design: Finding Center in Theory and Practice*, ed. M. Elen Deming, Baton Rouge: Louisiana State University Press, 2015. 30-53.
- Nehamas, Alexander. *Only a Promise of Happiness. The Place of Beauty in a World of Art*, Princeton and Oxford: Princeton University Press, 2007.
- Parente, Diego *Cómo hacer cosas sin palabras*. La Cebra. 2024.
- Puolakka, Kalle. "Aesthetics and the Ethics of Care: Some Critical Remarks". *ESPES – The Slovak Journal of Aesthetics*, 12/1 (2023): 130-136.
- Rancière, Jacques. *El reparto de lo sensible*. Trad. de Cristóbal Durán, Helga Peralta, Camilo Rosell y Francisco de Undurraga. Santiago de Chile: Instituto de Estudios Internacionales-Lom, 2009.
- Saito, Yuriko. *Aesthetics of Care. Practice in Everyday Life*. London: Bloomsbury, 2022.
- Saito, Yuriko. "Everyday aesthetics and world-making". *Contrastes. Revista Internacional de Filosofía*, XXV/3 (2020): 35-54.
- Saito, Yuriko. *Aesthetics of the familiar: everyday life and world-making*. Oxford: Oxford University Press, 2017.
- Scarry, Elaine. *On Beauty and Being Just*, Princeton NY: Princeton University Press, 1999.
- Thompson, James. *Care aesthetics: for artful care and careful art*. London; New York: Routledge. 2022.
- Thompson, James. "Towards an Aesthetics of Care": *Performing Care. New Perspectives on Socially Engaged Performance*, eds. Amanda Stuart

Fisher y James Thompson, Manchester: Manchester University Press,  
2020. 36-48.  
van Hellemond, Imke y Notteboom, Bruno. “Editorial” of *Sustaining Beauty  
and Beyond*. *Journal of Landscape Architecture* 2 (2018): 4-7.